

polvo y humo levantados por la explosión de las granadas, se advirtió que los zuavos se habían retirado á sus posiciones, dejando entre nuestros escombros, muertos y heridos graves, que no pudieron huir, y se limitaron á cañonearnos desde enfrente.

«Después de ese ataque, no volvieron los franceses á intentar nada contra mi línea.» (Memorias).

Veamos ahora lo que á propósito del ataque á la manzana del Cuartel de San Marcos, ha dicho uno de los jefes enemigos, el Capitán G. Niox, del Estado Mayor de Forey:

«Todas éstas eran dificultades imprevistas. El General en jefe dió orden de sitiarse en regla cada una de las manzanas....»

«Pero en la noche del 2 al 3 de Abril, se tuvo que hacer un alto, por causa de la manzana número 26, en que se hallaba un cuartel (el de San Marcos).

«Después de haber atravesado la calle bajo un nutrido fuego de fusilería, la Columna de ataque, compuesta de un destacamento del 3º de Zuavos, penetró en el edificio, y dió con un departamento oscuro, sin más salida que un estrecho pórtico, por el cual era necesario desfilar uno á uno, al frente de dos obuses. Treinta hombres y el Capitán Galland á su cabeza, se lanzaron por ese paso, y por él llegaron á un patio rodeado de muros almenados, en donde se hallaron con todas las escaleras destruidas y todas las salidas barricadas. Agobiados por una lluvia de metralla, de granadas y de fusilería, se vieron obligados á batirse en retirada y todos volvieron heridos.

«En ese mismo instante, el Comandante Longueville se lanzaba de la manzana número 7 sobre la número 27 (casa de la Cerbatana), con dos compañías del 51º y una sección del Cuerpo de Ingenieros; y después de haber penetrado en la primera casa, vino á chocar con un muro paralelo á la fachada y en que había dos líneas de almenas. El Capitán Melot logró, sin embargo, sostenerse en un cuarto, en donde se hicieron esfuerzos para protegerle, por medio de un camino cubierto á través de la calle; pero el fuego de fusilería de las azoteas, y la metralla de una barricada cercana, impidieron ese trabajo.

«El General Berthier intentó, infructuosamente, dar la vuelta á dicha barricada, con dos compañías del 1º de Zuavos, las que, recibidas por un fuego terrible, se vieron forzadas á retroceder. Se dió entonces la orden de evacuar esa posición insostenible; mas para ello era preciso pasar de nuevo á descubierto bajo las descargas de metralla que barrían las calles. Todos nuestros heridos fueron, sin em-

bargo, transportados en hombros y á paso veloz; al amanecer del día, la Compañía de Granaderos del Capitán Melot, abandonó la casa en donde había dado tan bello ejemplo de valor y de firmeza.

«El día 3 de Abril se renovó el ataque sobre la manzana número 38 (San Marcos); tres compañías de los batallones 1º y 18º de Cazadores de á pie, se arrojaron con la mayor intrepidez, y después de haber penetrado por las brechas, los cazadores llegaron hasta los cuartos interiores, cuyas entradas hallaron todas sólidamente obstruidas, y los muros guarnecidos con tres órdenes de almenas, con los techos llenos de claraboyas: ante tales obstáculos tuvieron que replegarse. Se abandonó el ataque sobre el cuartel, y se trató entonces de ocupar la manzana número 34; mas no habiendo dado resultado un petardo que se adhirió á una puerta ó cochera, se comenzó á colocar una doble línea de gaviones para poder atravesar la calle. También esta operación atrajo sobre nuestros soldados un fuego de tal modo vivo, que los gaviones fueron destruidos por las balas, que hirieron á todos nuestros zapadores. Fué, pues, preciso renunciar á ello. Se taparon las aberturas trazadas en la manzana número 25 (Iglesia de San Marcos) que se habían hecho para la salida de las Columnas de asalto, y la artillería se limitó á hacer fuego sobre San Agustín, con el fin de impedir al enemigo que extinguiera un incendio que allí se había declarado.

«El General en jefe se trasladó á la manzana de San Marcos, para examinar por sí mismo los obstáculos contra los cuales se habían estrellado los esfuerzos de nuestras tropas. Vió por todas partes barricadas erigidas y provistas de piezas de artillería; murallas almenadas, azoteas cubiertas con sacos de tierra; las cúpulas y campanarios de las iglesias, cubiertas de tiradores perfectamente á cubierto. Pudo, pues, convencerse personalmente de las dificultades que presentaban esos ataques á viva fuerza, en que se perdían los más valientes soldados, porque siendo éstos los que van siempre á la cabeza de las Columnas, caían naturalmente los primeros. Comenzó entonces por disponer que se emprendiera la construcción de galerías de zapa.» (Niox.—Expedition du Mexique).

Sin duda, el Capitán Niox ha exagerado los recursos de la defensa para disculpar el fracaso del ataque á la manzana del Cuartel de San Marcos.

Veamos la relación del ataque sobre otras manzanas, hecha por el mismo General Porfirio Díaz:

«El día 5 de Abril comenzó un fuego en brecha, procedente del

lado de la manzana del Hospicio que ve al Oriente, sobre la manzana que defendía el General D. Ignacio de La Llave, en la calle de la Estampa de San Agustín, y siguió el día 6.

«Familiarizados ya con el sistema de ataque de los franceses, comprendimos que una vez practicable la brecha, vendrían las Columnas de asalto. Con este motivo nos preparamos á resistirlo. El General Berriozábal puso, en la trinchera que ligaba á San Agustín con su manzana vecina hacia el Oriente, dos cañones para batir á metralla la calle que debía atravesar la Columna que asaltaría las posiciones del General La Llave, y cubrió los balcones de una y otra acera con infantes que tenían igual objeto.

«Cuando se supuso que era inminente el asalto, corrí con un grupo de cabos y sargentos sobre las azoteas barridas por los fuegos de los balcones del Hospicio, á caer en un patio de la última casa que hacía frente al Hospicio mismo, dejando establecida una cuadrilla de zapadores que hicieran perforaciones para facilitarme una comunicación menos peligrosa al efectuar el regreso. De pronto importaba aprovechar, á todo trance, los instantes.

«En la bajada al patio de la casa de la esquina, que verificamos sin escalas, se me inutilizaron dos soldados; pero con los que quedaron disponibles, sostuvimos por las puertas de la tienda, rápidamente aspilleras, un fuego casi á quema ropa sobre la Columna que atacaba al General La Llave, la cual fué cortada con nuestros fuegos, á los que se unían los que recibía de la trinchera y balcones de la calle de San Agustín.

«Así, la cabeza de la Columna asaltante quedó dentro del perímetro defendido por los nuestros y se vió obligada á rendirse.» (Memorias).

El jefe de la fuerza rendida era el Teniente Gallard, que á las primeras intimaciones que se le hicieron, contestó arrogantemente: *Jamás se rinden los zuavos*. Poco después, se rindió á discreción con los treinta y tantos zuavos que le quedaban.

«Al comprender Forey la desmoralización producida en sus tropas por esta serie de fracasos, reunió á sus Generales en Consejo de Guerra, para discutir si era de suspenderse el sitio hasta la llegada de nuevos refuerzos y más artillería: se resolvió proseguirlo, y continuaron los ataques.

En la tarde del día 19 de abril, estando al acaso en la manzana que mandaba el Coronel Sánchez Román, contigua á mi línea, fué aquella atacada vigorosamente, precediendo al asalto un cañoneo en

brecha, que rompió el muro de una zahurda que limitaba con la calle. La trinchera de esta manzana estaba trazada en curva, y defendía todo el lado que ve al Occidente y la mitad del que ve al Sur; y se había destruido toda la construcción interior que quedaba fuera del glacis, para dar campo de tiro á la trinchera, quedando solamente como cortina ó máscara de la fortificación, unas bajas tapias que daban á la calle.

«Cuando la brecha estuvo abierta, me ocurrió que un pelotón de Rifleros, armados de revólvers, oculto en la zahurda á que antes me referí, podría contener el asalto, puesto que sólo por esa brecha podía emprenderse, y fui personalmente, pasando el fosó por una viga, á establecer el destacamento, á la sazón que los franceses habían penetrado por la extremidad opuesta de la misma calle, sin abrir brecha, y habiendo forzado una puerta por medio de un petardo.

«Así, cuando regresé de colocar el destacamento, los zuavos estaban ya dentro de nuestras trincheras é hicieron prisionero el destacamento que yo había colocado en la brecha, menos á dos ó tres soldados que, como yo, pudieron escalar las azoteas y caer á otras casas que aún estaban ocupadas por tropas mexicanas, y salir de allí con ellas á la calle, donde hicimos una suprema defensa, que impidió el paso de los zuavos, más allá de la manzana del mando de Sánchez Román, á la que llamábamos la manzana del «Mesón de la Reja.»

«Tuve la desgracia de presenciar, y hasta de ser actor en la pérdida de esa manzana, sin que las tropas que la defendían estuvieran á mis órdenes, porque me dió pena retirarme en los momentos en que se daba el ataque.

«El 25 de abril de 1863, tuvo efecto el ataque al fuerte de Santa Inés, que mandaba el Gral. D. Miguel Auza, y el cual fué de los más reñidos y notables.

«El ataque de Santa Inés, procedió de la manzana del «Mesón de la Reja,» que pocos días antes le habían arrebatado los franceses á Sánchez Román. El lado de la manzana de San Agustín, que hace frente por el costado Sur á la del «Mesón de la Reja,» no es de altos, sino que se limita con la calle por la barda de la huerta; pero tiene una serie de piezas bajas, cuyas azoteas estaban barridas por los fuegos de fusilería, procedentes de los balcones del «Mesón de la Reja.»

«Durante el ataque á Santa Inés, los fuegos, tanto de mi trinchera, que estaba en la calle, con frente para donde debían pasar las Columnas de los asaltantes, como los de los balcones de ambas aceras de la calle de San Agustín, eran muy eficaces sobre esas Columnas,

pero no me parecieron suficientes; y en los momentos en que el ataque era más reñido, saqué, por una de las puertas que daban á las azoteas de los cuartos bajos de la huerta, unos pelotones, que sobre dichas azoteas llegaron hasta las de la esquina, bajo los fuegos dominantes que nos hacía el enemigo; y con tales pelotones y los otros colocados en los balcones de enfrente, se ocasionaron tantas pérdidas á las Columnas de asalto, que, paralizado su movimiento de avance, quedó cortada una parte de su fuerza, que había ya penetrado al convento de Santa Inés. El resto retrocedió al fin á sus posiciones, dejando en nuestro poder á sus compañeros de vanguardia, que eran ciento treinta hombres del primer regimiento de Zuavos, con siete oficiales.

«Centenares de cadáveres de soldados franceses, entre los que se veían los de algunos Oficiales, dejaron marcada la marcha sobre nosotros, dentro y fuera de nuestros parapetos.

«Al día siguiente, el Gral. González Ortega dió algunos ascensos á Oficiales que habían tomado parte en este combate, y me mandó á mí el de General efectivo de Brigada, cuyo nombramiento fué confirmado en seguida por el Gobierno Federal.» (Memorias).

No cabría en los límites de esta obra, una completa y detallada descripción de la heroica defensa de Puebla.

El ejército mexicano cumplió con su deber hasta el último momento; pero las fuerzas sitiadoras eran muy superiores á las nuestras, en número, recursos y armamento.

Los víveres y el parque estaban agotados en la plaza sitiada.

El esperado auxilio del cuerpo de ejército de Comonfort, fracasó con la derrota de este jefe en San Lorenzo; y el Gral. González Ortega tuvo que sucumbir ante el fatal encadenamiento de los hechos.

Verdad es que algunos de los Generales mexicanos habían propuesto, en varias oportunas ocasiones, abandonar la plaza para salvar así al ejército de Oriente y proseguir la lucha en distintas condiciones; pero el Gral. González Ortega, obcecado por la obsesión de la defensa, prefirió sacrificar aquel glorioso ejército é inutilizar el armamento.

Sesenta y dos días duró la épica defensa, cuyo triste y honroso desenlace puede apreciarse, en toda su grandeza, por los siguientes datos oficiales:

«Orden General del Cuerpo de Ejército de Oriente, del día 17 de Mayo de 1863, á la una de la mañana.

«No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta plaza,

por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía, á extremo de no poder sostener hoy los ataques, que probablemente dará el enemigo á las primeras luces del día, según las posiciones y puntos que ocupa, y conocimiento que tiene de la situación en que se halla esta plaza; oído, además, por el señor General en jefe, el parecer de muchos de los señores Generales que forman parte de este ejército, cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor General en jefe: que para salvar el honor y decoro del cuerpo de Ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy, se rompa todo el armamento que ha servido á las Divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, y cuyo sacrificio exige la Patria, de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningún aspecto, utilizarlo el ejército invasor. A la misma hora, el señor Comandante general de artillería, dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta plaza.

«A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores Generales que mandan Divisiones, á cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan Brigadas, disolverán todo el ejército, manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimientos, defendieron la ciudad, que esta medida que se toma, porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron; y que, por lo mismo, el citado señor General en jefe, se promete que cuanto antes se presentarán al Supremo Gobierno, para que, en torno suyo, sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, á cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

«Los señores Generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y de que si ella va á ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora, toda ella, con sus respectivos fuertes, se halla en poder del ejército de Oriente, á excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

«A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y en cada una de

las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

«A la misma hora estarán presentes los señores Generales, jefes y oficiales de ese ejército, en el atrio de Catedral y Palacio de Gobierno, para rendirse prisioneros; en el concepto de que, respecto de este punto, el General en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros; y por lo mismo, los señores Generales, jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que han contraído para con la Nación. Los caudales que existen en la comisaría, se repartirán, proporcionalmente, entre la clase de tropa.

«De orden del señor General en jefe.—El Cuartel—Maestre general.—MENDOZA.»

Documento que pretendió Forey fuese firmado por los jefes mexicanos:

«Corps expeditionnaire de Mexique.—Etat Major général.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos, hechos prisioneros, nos comprometemos, bajo nuestra palabra de honor, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada; á no mezclarnos en nada, por escrito ó por actos, en los hechos de guerra ó de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos, sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

«Cerro de San Juan, á 18 de Mayo de 1863.»

Contestación de los jefes mexicanos:

«Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo del Ejército de Oriente. Prisioneros de guerra.—Los Generales prisioneros que subscriben, pertenecientes al ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy, del Cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.—*Jesús G. Ortega.—Francisco Paz.—Felipe B. Berriozábal.—Florencio Antillón.—Francisco Alatorre.—Ignacio de la Llave.—Alejandro García.—Epitacio Huerta.—Ignacio Mejía.—José M. Mora.—Pedro Hinojosa.—José María Patoni.—Joaquín Colombres.—Domingo Gayosso.—Antonio Osorio.—Eutimio Pinzón.—Francisco de Lamadrid.—Porfirio Díaz.—Luciano Prieto.—J. B. Caama-*

ño.—*Mariano Escobedo.—Manuel Sánchez.—Pedro Río seco.—Manuel G. Cosío.—Miguel Auza.—Jesús Loera.*»

Para explicar nuestro desastre en Puebla, bastará con leer el sincero final del parte que al Gobierno rindió el hábil abogado y torpe General, á cuyo mando se sometió el abnegado ejército de Oriente:

«He concluido, señor Ministro. Multitud de faltas habré cometido en el desempeño del cargo que me confiriera el Supremo Gobierno, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza; pero de esas faltas me escuda la lealtad, honradez y buena fe con que he procedido, y muy especialmente la circunstancia de no ser soldado de profesión, y de que hace poco que los acontecimientos políticos de mi patria, me dieron una espada para defender las libertades y derechos del pueblo, contra los fueros y las clases privilegiadas de México.

«Sírvese Ud. dar cuenta con esta nota al C. Presidente de la República, y admitir las protestas de mi respeto y subordinación.

«Independencia, Libertad y Reforma.—Zacatecas, Septiembre 16 de 1863.—*Jesús G. ORTEGA.*»*

«C. Ministro de Guerra y Marina.—San Luis Potosí.»

* Parte general que dió al Supremo Gobierno de la Nación, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza, el C. Gral. Jesús González Ortega.



